

# Dos publicaciones poco difundidas

*José María Arguedas\**

## Industrias populares en el valle del Mantaro

Las industrias populares constituyen una fuente muy importante de ingresos económicos para las comunidades del valle del Mantaro y para las ciudades de Jauja y Huancayo. Las artes e industrias manuales han recibido la influencia de los muchos y poderosos agentes que en esta zona han determinado y continúan impulsando un cambio de cultura acelerado. En el presente artículo nos vamos a ocupar únicamente de algunas de las industrias con relación al tema propuesto.

### TEXTILERÍA

El centro principal de producción de tejidos es el Distrito de Hualhuas, de la Provincia de Huancayo. En tanto que en las comunidades del sur del valle la técnica y las formas sociales del trabajo no han cambiado, en Hualhuas funcionan talleres y existe un incipiente personal de obreros que trabaja a jornal; se han perfeccionado los antiguos telares verticales y se ha difundido de tal manera el empleo de las máquinas tradicionales, que el hilado en el uso fami-

---

\* Estos textos de José María Arguedas fueron publicados, el primero, en *Fanal* (Vol. 12. No. 46. Lima) en 1956; y el segundo, en el boletín *Amauta y su época* (No. 3. Año II. Lima) en mayo de 1997. Los reproducimos aquí debido a que se trata de dos trabajos poco difundidos. Respecto al segundo, Forgues anota: "Este artículo fue escrito en 1944 a solicitud del profesor y maestro Emilio Barrantes para ser incorporado en la enciclopedia sobre educación Omeba de Buenos Aires. No llegó a publicarse y por lo tanto es documento inédito" (Nota de Roland Forgues en la primera publicación). [Nota del transcriptor].

liar casi no existe; se utiliza únicamente para aprovechar el tiempo, cuando las mujeres realizan tareas en el campo: hilan mientras caminan.

En la comunidad de Sapallanga, a 8 km. al sur de Huancayo, los tejedores no trabajan para el mercado; tejen solo por encargo. Y, frecuentemente, el artesano todavía se establece en la casa de quien le encarga el trabajo. El contratante toma al tejedor como a un doméstico a quien debe alojar y alimentar. El artesano cobra por metro de tela o por pieza.

En la comunidad de Viques, a 12 km. hacia el sur, solo tejen las mujeres, y, de ellas, mucho más las solteras. Es costumbre que cuando tejen aseguren con una tranca la puerta de sus casas. Las mujeres de Viques tejen para el mercado, pero únicamente fajas (*aklla* o *challpi wathrako*). Son estas fajas, de tejido llamado “estambre”, las más finas y bellas muestras de la industria popular textil del valle.

*Aklla* (escogido o selecto) es el nombre genérico de las figuras que decoran los tejidos. En las fajas de Viques ocupan franjas transversales y en los tejidos de mayor dimensión forman un *mayu* (río) que cruza la extensión del tejido. En el Cusco se llama *pallay* a las figuras ornamentales. Esta palabra significa lo mismo que *aklla*. Cada figura tiene un nombre, lo mismo que en el Cusco. La nomenclatura es extensa para las fajas, porque en ellas se hace un verdadero alarde decorativo. Originalmente constituían la demostración de la máxima habilidad e inspiración de las solteras y, aunque con finalidades algo diferentes, siguen cumpliendo todavía esa función.

Tanto en Sapallanga como en Viques, las figuras decorativas de los tejidos tienen la misma estructura que hace cincuenta o doscientos años. Los temas han cambiado; el tejedor viquesino, especialmente, ha incorporado el avión, el pavo real, el buque como figuras decorativas. Pero todos los temas exóticos han sido tratados con la misma técnica y en los mismos campos que los antiguos. Ocurre con frecuencia que en una faja no se encuentran ya figuras autóctonas, excepto las rayas transversales menudas con que comienza y termina cada faja, el *tonqori* (tráquea); sin embargo, el *challpi wathrako* tiene la misma configuración y causa el mismo efecto visual que los que aún muestran figuras nativas. Es que el tratamiento técnico, en el color y en la disposición estructural de las figuras, no ha cambiado. Conviene llamar la atención, sin embargo, hacia el caso notable del tren: una alta proporción de fajas muestran en su parte central, ocupando casi un tercio del tejido, una locomotora con varios coches; se ha descrito el humo, a los brequeros, las iniciales del tren, los pasajeros. La presencia así tan exaltada de esta máquina moderna se debe a que el ferrocarril de Huancayo a Huancavelica pasa por Viques y tiene una estación en el pueblo. Aparece como una figura descomunal, finamente dibuja-

da, entre los temas delicados y antiguos que ocupan pequeñísimos espacios en los extremos del tejido.

Ni en Viques ni en Sapallanga la industria textil popular ha podido escapar todavía de los cauces de la muy antigua tradición. En Viques, el trabajo de tejer se halla aún estrechamente vinculado con las normas que rigen la vida de la mujer.

Las viquesinas llevan a vender fajas a la feria de Huancayo; pero no alquilan puestos en el sector de tejidos, se colocan entre las vendedoras de comestibles, en la undécima cuadra de la calle Real. Aparentemente no dedican sus productos a las otras clases sociales. Los turistas las encuentran con dificultad, en tanto que las fajas que se fabrican en San Jerónimo y en Huamanmarca se exhiben de manera alardeante, en la tercera cuadra, y están ornamentadas casi con los mismos temas que los de Viques, pero en proporciones y espacios libremente manejados, en función no solo de los intereses del creador sino del vasto mercado de la feria a la que concurren campesinos, mestizos y un importante público urbano.

#### HUALHUAS, UN PUEBLO DE TEJEDORES

En Hualhuas todos son tejedores, la mayoría profesionalmente. Nemesio Ráez, en la excelente *Monografía de la Provincia de Huancayo*, publicada en 1899, atribuye a Hualhuas la especialidad de la carpintería. Nuestros informantes más viejos estuvieron de acuerdo en que el primer telar fue traído a Hualhuas hace aproximadamente 50 años. Algunos sostienen que fue traído de Huancavelica, otros que de Carhuamayo, Tarma. En la actualidad, prácticamente en cada casa hay uno o más telares.

Los telares antiguos eran fijos; los carpinteros de Hualhuas y Saño, obedeciendo las instrucciones de los tejedores, construyeron después telares de «mesa», transportables. Fue la primera innovación. Pero algunos artesanos con experiencia técnica adquirida en Lima, y otros, como fruto de sus propias observaciones, han introducido más reformas a los antiguos telares. Cambiaron muchas de las piezas de madera por otras de metal; las mandaron fabricar en Huancayo. Eliminaron partes no funcionales y sus telares han ganado en rapidez y manuableidad.

Hasta hace veinte años no existían “máquinas” de hilar. Muchos tejedores afirman que las “máquinas” no fueron traídas sino “inventadas” en Hualhuas por tejedores que observaron en Tarma y en Lima las hiladoras de pie. En la actualidad, cada tejedor tiene varias de estas máquinas que son fabricadas en

la misma comunidad o en el pueblo carpintero de Saño. También en estas máquinas, algunos tejedores han cambiado todas las piezas posibles de madera por fierro. Excepcionalmente, los tejedores más hábiles han mandado fabricar, bajo su personal dirección, enmadejadoras.

El costo corriente de una máquina de hilar es, ahora, de ochenta soles y el de un telar, de trescientos soles. Pero las máquinas de los tejedores famosos “no tienen precio”. Cada una de ellas ha sido incesantemente perfeccionada por cada artesano. Y aun cuando el tejedor de Hualhuas es un hombre muy práctico, productor consciente de los valores del mercado, no creemos que se decidiría a vender su telar sino por efecto de una propuesta tan excepcional como el tiempo y la dedicación con que lo perfeccionó.

En Hualhuas se teje lana de alpaca, de oveja, de vicuña y de llama. Dos tipos de tejidos se fabrican según el mercado. Las *pullukatas* tradicionales, para la gente del valle, y alfombras, pisos y tapetes para la clientela urbana. Las *pullukatas* (mantas) conservan las mismas características que hace 50 ó 200 años: la misma forma, los mismos colores, la misma estructura ornamental. Es una prenda destinada al uso de las mujeres del valle. Pero, como la técnica de fabricación ha sido mejorada, y la ciudad de Huancayo se ha convertido en el centro comercial no solo del valle del Mantaro sino de los Departamentos de Huancavelica y Ayacucho, las *pullukatas* de Hualhuas son adquiridas también por compradores de toda esta zona. La producción ha aumentado en los últimos 25 años quizá en 100 por uno, el precio de una *pullukata* varía entre 32 y 40 soles. La mayor parte de la producción es vendida en la feria de Huancayo.

No hemos encontrado en los temas decorativos de las *pullukatas* ni el tren ni el avión, como en las fajas de Viques. Citemos las figuras de los *mayus* (ríos que cruzan todo lo ancho de estas mantas); *shimi* (boca) es el tema geométrico que orilla la manta; *walpapa shichum* (uña de gallina); *chukpapá anakuy* (medias lunas simétricas de colores diferentes); *shuyty pinta* (figura geométrica); tortuga; *wayta-wayta* (flor); *grada* (figura geométrica); *durazno mulun* (semilla de durazno); mariposa; *payna-payna* (figuras semejantes a las ramas del pino o del ciprés); estrella; *jinchu* (picaflor). El picaflor que observamos tenía las alas rosadas, el cuerpo amarillo, verde claro el pico, la cabeza roja, y flotaba en campo morado. En este universo de figuras y colores que presenta una armonía perfecta y cautivante, encontramos, en cierta manta, la imagen de un Inca convencional, clavada en la corriente de un *mayu*; se destacaba escandalosamente, como un muñeco rígido y exótico. La tejedora y vendedora me confesó que lo “había puesto por gusto, sacándolo de las figuras de que Don Zárate hace para las alfombras que compran los turistas”.

Los tapetes, los pisos y las alfombras que los tejedores de Hualhuas fabrican para la clientela urbana, están decorados con figuras copiadas de textos de Historia Antigua del Perú y de la cerámica prehispánica. La explicación que los tejedores dan a esta diferencia decorativa tan radical es que ellos empezaron a fabricar alfombras a pedido de un comerciante venido de La Oroya<sup>1</sup> hace como unos veinticinco años y que este comerciante les dejó los diseños de las figuras incaicas y, que, después, cuando se independizaron del contratista, buscaron nuevos motivos en libros y en huacos; incluso, uno de ellos copió muchos temas de los huacos del Museo de Arqueología de Lima.

Nos parece evidente que el esfuerzo de diferenciar la decoración de los tejidos destinados al mercado urbano, de los indígenas, mediante la elección de temas incaicos, se debe a una razón de prestigio. Lo indígena, lo indio, por muy bello que sea el objeto en sí mismo, no puede ser liberado del estigma social de su origen: para que los tejidos de Hualhuas fueran aceptados por la clientela urbana había que diferenciarlos nítidamente de las telas indígenas. El comerciante de oficio conoce estos secretos por su experiencia profesional, tanto como el antropólogo que investiga disciplinadamente. Los temas «incaicos» dieron la pauta; pero el tejedor mestizo está encontrando la manera de estilizarlos según su propia inspiración y está incorporando otros motivos, originalmente eruditos o tomados ya de la geografía circundante, motivos en los que es posible advertir una cierta libertad de diseño. La experiencia es, por cierto, interesante, porque no existe una intromisión dirigida, sino la inicial que citamos y que aún rige, pero como una pauta cuya eficacia ha sido comprobada por el propio tejedor, en el mercado, pues es al mismo tiempo vendedor.

Las comunidades del valle, pobres de agua, tuvieron que dedicarse a alguna industria para integrar su economía. Sicaya, San Jerónimo, Cajas, Hualhuas, Saño, son las comunidades más industriosas por ser las más pobres de agua.

Aparecida la industria, su desarrollo ulterior ha estado sometido a la influencia de los agentes que han impulsado el proceso de la economía y de la cultura general del valle. El comerciante, con su intuición del negocio, percibió la existencia virtual de un nuevo mercado para los tejidos, una vez que Huancayo y el valle se convirtieron en una área intensamente vinculada a la dinámica economía de Lima. La apertura de este nuevo mercado impulsó prodigiosamente la industria textil de Hualhuas, en tanto que los esfuerzos ofi-

---

1 Información recogida por Raúl Galdo, estudiante de etnología que trabaja en el proyecto del Mantaro.

cialmente dirigidos para mantener la platería de San Jerónimo fracasaron, porque el mercado originalmente impulsador desapareció o se hizo difícil y no se le encontró sustituto.

## LA ZAPATERÍA

La población de Julcán, distrito y comunidad de Jauja, está por entero dedicada a la fabricación de zapatos. La industria se ha difundido a otros pueblos y a la ciudad de Huancayo, pero sigue siendo Julcán una comunidad especializada en zapatería.

Los julcaínos eran ya zapateros, hace cien años, cuando el Mariscal Castilla les encomendó, bajo contrato, la confección de zapatos para su ejército, abonándoles cuarenta centavos por par. En la actualidad, la población total se dedica a este oficio, hombres, mujeres y niños. “Nosotros ya no vamos a trabajar a las minas. Van los de Masma”, nos dijo el propietario de una “fábrica” de Julcán, con un marcado tono de orgullo. “Ud. no verá ociosos en las calles de Julcán”. La zapatería es una industria con mercado creciente en el valle. Ya no se ven hombres descalzos en ninguna parte, salvo los indios de Huancavelica que vienen a buscar trabajo. Los julcaínos se encontraron en el último lustro ante una amenaza grave. Se instalaban fábricas en Huancayo en número alarmante, para ellos. En la mayor parte de esas fábricas se confeccionan zapatos “corrientes”, destinados a la misma clientela que los de Julcán. Claro que no son tan fuertes como los “guardamineros” que hacen los julcaínos, pero la competencia se inició amenazadoramente. Entonces, dos de los maestros julcaínos que eran al mismo tiempo “acaparadores” de zapatos, se decidieron a comprar máquinas y generadoras de corriente. Ahora tienen talleres con obreros, que trabajan unos a destajo y otros a jornal.

La prosperidad de Julcán ha hecho disminuir las fiestas religiosas, y desaparecer el antiguo sistema de mayordomías. El maestro N. M., verdadero líder de la comunidad, nos decía a este respecto: “En las fiestas, señor, todos nos alegramos; por eso todos debíamos pagar. En Julcán nadie se arruina ahora pagando el gusto ajeno. Antes, para la fiesta principal, habían los ‘capitanes’, se presentaban montados a caballo, el ‘disfraz’ solamente costaba 500 soles. Y habían quiebras y vergüenzas. Ahora pagamos las fiestas en cooperativa.... ¡Claro! Todos aprovechan...”.

La zapatería está directamente vinculada al proceso de cambio de cultura; se beneficia con ella y la impulsa, al mismo tiempo. La textilera tradicional, en una de sus ramas, contribuye, en cierta forma, como la industria de la ropa hecha femenina, a la conservación de los signos de la antigua cultura. La za-

patería se ha difundido como industria a muchos pueblos, en tanto que la artesanía textil se conserva más en sus centros tradicionales. Citemos una sencilla estadística levantada en la feria de Huancayo, el domingo 13 de febrero de 1954; anotamos los siguientes puestos de zapatos: 6 de Jauja, 11 de Masma, 18 de Julcán, 1 de Chupaca, 47 de Huancayo, 5 de Paccha, 1 de Pancán, 1 de Hualahoyo, 2 de Chunán.

Huancayo ocupa un lugar dominante, por las fábricas. Debe tenerse en cuenta que en la feria se venden zapatos corrientes, los “finos” se expenden en las tiendas. Es que en Huancayo, además de las fábricas, existe un número considerable de artesanos. Pero en Huancayo el zapatero ha encontrado una forma de “hacerse ayudar” con la fábrica. El punteado y la costura los encargan a la fábrica. La costura lleva solo tres minutos a la máquina y el artesano paga cincuenta centavos por par. De ese modo, el maestro R.P., con sus dos hijos como ayudantes, confecciona 25 pares semanales. Se trata de una relación hecha posible por los caracteres singulares de la cultura local.

## SOMBRERERÍA

Una relación semejante ha empezado a establecerse entre la muy antigua y ahora declinante artesanía de la confección de sombreros de oveja, típica de la comunidad de Cajas, y las recientes fábricas de sombreros de Huancayo.

Según una leyenda huanca, fue una mujer de la comunidad de Cajas la primera india que usó sombrero. Veinticuatro fases tiene la fabricación casera del fieltro. Pero a un artesano de Cajas «se le ocurrió», en 1952, que podía aprovechar las “campanas” de fábrica para hormarlas después conforme al modelo típico. El procedimiento resultó acertado. La cinta y el rebete, el acabo, dio a los sombreros la apariencia cabal de un clásico sombrero de Cajas. Con audacia y prudencia, al mismo tiempo, empezó este maestro a lanzar al mercado sombreros de Cajas “de otros colores”. La intervención de la fábrica no solo aceleró el proceso de producción sino que inició un cambio en una de las características tradicionales del producto. Sin embargo, el mercado de los sombreros de oveja declina. Ha aparecido sí un nuevo cliente, producto de las propias causas que están haciendo desaparecer el mercado; este nuevo cliente es el que busca “disfraz” para las danzas huancas que se ofrecen como “espectáculo”, en los teatros y coliseos de Lima o en los tinglados que se levantan en las plazas de ciertas comunidades, durante las fiestas de carnaval. Aun entre los mestizos, quienes compran el traje huanca típico, lo usan exclusivamente durante las fiestas; y en la zona de Jauja, el vestido masculino indígena

ha desaparecido hace mucho tiempo. El traje típico masculino huanca va en camino de convertirse en traje de ceremonia, en símbolo, es decir en una forma de supervivencia. Y los sombreros de Cajas, la comunidad más próxima a Huancayo, se están convirtiendo en *ladrilleros*, para surtir de material a la fiebre de construcciones civiles de Huancayo.

## LA ROPA HECHA

En 1933, los puestos de ropa hecha ocupaban, en la feria de Huancayo, solo una parte del lado oeste de la cuarta cuadra de la calle Real; el 20 de diciembre de 1953 censamos 498 puestos que ocupaban cuatro filas a lo largo de cuatro cuadras de la misma calle.

Puede afirmarse que todos los habitantes del valle y de muchas provincias de Huancavelica y Ayacucho compran ropa hecha en la feria. El autor de este artículo tuvo oportunidad de encontrar en una tienda de Calca, capital de una provincia del Cusco, ropa hecha de Huancayo. El 60% de los puestos de ropa hecha de la feria están destinados a indumentaria típica femenina. La industria se inició por los comerciantes de telas que contrataron o habilitaron a las costureras a fin de que confeccionaran ropa en gran escala; de este modo vendían su mercadería. Una comunidad, de la más grandes e industriales del valle, la de Sicaya, cambió entonces su especialidad comercial; las mujeres de Sicaya se hicieron costureras; habían sido tradicionalmente recolectoras y negociantes de huevos. En 1953 había en Sicaya doscientos talleres de ropa hecha. Desapareció así, casi por entero, la costura familiar, liberando a la mujer para otros trabajos que el desencadenamiento de las fuerzas de producción creó. Puede encontrarse en el mercado ropa típica de todas las categorías, aunque, naturalmente, las mismas costureras confeccionaron todavía por encargo trajes excepcionalmente lujosos.

En Huancayo y Jauja existen decenas de talleres de confección de ropa para hombre. En 1953, los japoneses competían ya con los productores mestizos. A su vez, los industriales de ropa hecha se habían independizado de las casas comerciales que los habilitaron y les dieron origen. Además, entre los centenares de puestos de la feria de Huancayo se afirmaba que incursionan vendedores “piratas” de telas. Y en Huancayo se había iniciado, en aquel año, un conflicto entre los comerciantes “minoristas” y los propietarios de tiendas. Conflicto de superficie, en realidad, porque la feria captura clientela para todo el mercado de la ciudad, una clientela que crece con el vigor de un organismo joven.

La industria de la ropa hecha ha contribuido a conservar el traje femenino tradicional y ha hecho desaparecer el masculino, pues, como ya dijimos, de este no quedan sino vestigios. La conservación del traje femenino en el valle no es, por supuesto, una excepción. La mujer es siempre la guardadora de la tradición, en todas partes. Lo original reside en que haya sido un agente de progreso, de cambio, el que ha contribuido a conservar un signo de la antigua cultura. Creemos que el acontecimiento se ha producido porque el cambio de cultura se realiza en este valle a ritmo excepcionalmente rápido, pero regulado por la tradición indígena que es suficientemente fuerte y sólidamente integrada.

El ferrocarril, las carreteras, los centros mineros, la proximidad a Lima, la menor densidad de la tradición colonial —no se formó en el valle la gran propiedad de tipo feudal ni se asentó el régimen social con sus rígidas trabas sociales— y la mayor influencia, por tanto, de factores indígenas, primero, y de los modernos después —la comunidad, la pequeña propiedad, la escuela y los agentes ya citados— iniciaron e impulsaron en este valle un cambio cultural sin desarraigo.<sup>2</sup>

Consideramos que un detenido trabajo de investigación de este cambio es una de las tareas más importantes para las ciencias sociales en el Perú.

\* \* \*

## Educación del indio en el Perú

No ha sido fácil definir al indio de manera precisa. Se admite, sin embargo, que su característica distintiva es la de hablar solo el quechua, el aymara o un idioma amazónico. El monolingüismo indígena supone, salvo casos rarísimos, la participación del individuo en un tipo de cultura muy diferente al del europeo o criollo. Esta cultura diferente es una consecuencia de la evolución de la antigua civilización prehispánica, evolución que se realizó paralelamente a la de los colonizadores europeos y sus descendientes criollos. Tal evolución, paralela, por haber ocurrido dentro del mismo espacio geográfico, se hizo posible gracias a la asimilación mutua de elementos de una y otra cultura, sin que tales préstamos hayan comprometido la diferencia de las mismas.

---

2 Desearíamos recordar a este respecto que el gran estadista, Don Manuel Pardo, propuso y casi planeó, en su admirable estudio sobre el valle de Jauja, el proceso de desarrollo económico que se ha cumplido en la zona del Mantaro.

El hecho de que una gran parte de la población andina hubiera continuado hablando como única lengua algunos de los idiomas autóctonos se convirtió en una barrera que hizo imposible la comunicación real, directa y plena entre esa población y la de habla hispánica. Sin embargo, la educación formal, oficial, fue y trata de ser impartida a los monolingües indígenas en la lengua española que ellos no hablan. Es natural que este tipo de educación no haya alcanzado ningún resultado positivo. Pretende imponer a un pueblo una cultura ajena y empleando como instrumento una lengua incomprensible.

El gobierno de la República ha empezado a entender, en el Perú, que el empleo del castellano para instruir y educar a individuos que no hablan tal idioma es estéril y, aunque no ha tomado ninguna medida general para utilizar el quechua y el aymara como el instrumento natural para la educación de quienes hablan esas lenguas, ha fundado ya algunas escuelas experimentales con ese fin y ha encomendado la educación de las tribus amazónicas al Instituto Lingüístico de Verano de la Universidad de Oklahoma que instruye a los selvícolas en cada una de sus diversísimas lenguas.

Por esta causa,<sup>x</sup> la educación del indio andino se realiza informalmente, mediante la transmisión oral de toda la cultura. La tradición indígena cuenta con varios milenios de experiencia en este tipo de educación; tal hecho hace posible que la extraordinariamente rica sabiduría de este pueblo se haya guardado en grado mucho mayor de cuanto generalmente se ha estimado. Los estudios etnológicos más recientes han demostrado cómo las poblaciones monolingües quechuas siguen dominando complejos agrícolas que les permiten el cultivo de más de mil variedades de papas, de trescientas clases de maíz y otras decenas de variedades de plantas alimenticias por ellas domesticadas y desarrolladas. Una tal sabiduría técnica está sustentada, ahora, por experiencias igualmente complejas y caudalosas en la adaptación de todos los patrones que se ha tratado de imponérselos en la organización social y política, en la religión y en las artes, a sus propios valores y normas, a su distinto y característico modo de vida.

En una mesa redonda organizada por la Casa de la Cultura del Perú en 1964 y en la cual participaron educadores, lingüistas y antropólogos, se llegó a la conclusión de que la educación formal impartida en las lenguas indígenas contribuiría de manera muy importante a la integración de las dos culturas, de los universos en que está dividido aún el país; lo unificaría lingüísticamente mediante el dominio real y pleno del castellano y permitiría la posibilidad ilimitada de expresión de sus singularidades regionales en un lenguaje común.